

Quedó, pues, indefenso en poder de Colon, y no faltó quien entonces aconsejara al almirante que se apoderara de él.

Pero Colon rechazó indignado esta proposicion.

—¿Qué idea formarían de nosotros si cometiese semejante infamia?

—Tienes razon, —dijo Bartolomé, —el enemigo que se entrega indefenso deja de ser enemigo. Si es preciso pelear, peharemos en campo abierto. Aquí aun de sus mismos compatriotas debemos defenderle.

Todo estaba dispuesto para el banquete con que queria Colon obsequiar á su huesped, y entrando en el palacio, despues de enseñarle todas sus habitaciones, se sentaron á la mesa.

Capítulo XVIII.

Donde Guarionex forja sin saberlo sus propias cadenas.

Guarionex, al lado del almirante, estaba verdaderamente entusiasmado con todo lo que veía.

Mientras duró el banquete ejecutó algunas marchas la música militar, y empezaba ya á anochecer cuando se levantaron de la mesa.

La campana de la iglesia tocó las oraciones.

Asomados al balcon de palacio los huéspedes de Colon, vieron con sorpresa que todos los habitantes de la colonia, descubriéndose la cabeza, se dirigian al templo como llamados por la campana.

—¿Dónde van tus soldados? —preguntó Guarionex á Colon.

—Van al templo á rezar. La campana les recuerda que deben dar gracias á Dios.

Guarionex creyó entonces que la campana hablaba, y la admiración que su sonido había producido en él se convirtió en veneración hácia aquel objeto.

También quiso ir al templo, y con toda su comitiva, acompañado de Cristóbal, su hermano y los jefes de la colonia, se dirigieron á la iglesia.

Como los españoles, se postró, y á cada instante prorumpía en estas exclamaciones:

—¡Turcy! ¡Turcy!

Con lo que daba á entender que todo aquello le parecía procedente del cielo.

Hospedados aquella noche el cacique y los suyos en el palacio del almirante, se entregaron tranquilamente al reposo.

Al día siguiente los llevó á ver los buques, les hizo navegar en una de las carabelas, y mandó disparar las lombardas, llenándoles de pavor.

Habían oído hablar de todo aquello, pero la realidad era muy superior á la idea que la imaginación les había ofrecido.

El almirante, después de visitar las casas de los colonos, les enseñó las plantas y las semillas que habían sembrado, las aves y los demás animales que habían llevado á la colonia, que tenían para ellos el mismo atractivo que los del país para los españoles.

Guarionex había pensado, durante el camino que conducía desde la Vega Real hasta la Isabela, valerse de las seducciones de su hija para que, dominando ésta á Diego el lucayo, lo separase de Colón.

Alfaiila había hecho todo lo posible para inspirar una pasión á Diego.

Era una india bellísima.

Pero el intérprete había visto á las españolas.

Cuantos esfuerzos hizo la jóven para enamorarle se estrellaron en su fría indiferencia.

Herida en su amor propio, no tardó en convertir en verdadera pasión lo que había sido cálculo.

Eran tales las demostraciones que hacía para manifestar su amor á Diego, que hasta el mismo Colón comprendió los deseos que abrigaba, y viendo una ocasión favorable de estrechar más y más los vínculos que empezaban á unirle con Guarionex, llamó á Diego.

—Me has dado muchas pruebas de fidelidad,—le dijo,—y voy á exigirte otra.

—Disponed de mí como gustéis, señor.

—Deseo á toda costa conservar la amistad de Guarionex. Contando con él y con Guacanajari, poco puede importarnos la hostilidad de Caonabo y de los otros caciques.

—Ya veis, señores, que está dispuesto á ser amigo nuestro.

—No es bastante... ¿Has visto su hija?

—Sí.

—El la ama con delirio.

—Es quien más influencia tiene sobre su corazón.

—Pues bien; voy á pedirle que te la dé por esposa.

Diego miró con asombro á Colón.

—¿Te desagrada este deseo?

—Soy vuestro esclavo.

—Mi objeto, al llevar á cabo esta union, es estrechar con él un lazo eterno.

—Hágase vuestra voluntad,—exclamó Diego, no pudiendo ocultar la emocion dolorosa que experimentaba.

Aquel mismo dia pidió Colon á Guarionex la mano de su hija para el lucayo.

Guarionex, que habia cambiado por completo de opinion, que creia sinceramente en la amistad del almirante, que veia las ventajas que le reportaria esta amistad, accedió á los deseos del almirante sin cálculo ya, ó mejor dicho, sin otro estímulo que el de afianzar su amistad con él, porque sabia que amaba como un padre al jóven indio.

Al dia siguiente dispuso Colon que todos los soldados maniobrasen delante de Guarionex y disparasen en un momento dado sus arcabuces.

Asomado con su comitiva á los balcones del palacio, vió con asombro aquellos bizarros soldados, y no pudo ménos de estremecerse al oír la detonacion que produjeron los arcabuces.

—Ha llegado el momento de que partais,—dijo Colon;—pero antes hemos de hacer un pacto.

—Soy vuestro amigo,—dijo Guarionex.

—Por la misma razon es necesario que me prometais, para sostener la disciplina, que castigue al cacique Guatiguana, que no ha luchado con los españoles brazo á brazo y en campo abierto, sino que ha re-

currido, á la traicion para esterminarlos. A estas horas debe un destacamento que he enviado en su persecucion haberle preso, y cuando caiga en su poder lo traerán á mi presencia para que lo imponga en castigo.

—Sé que es culpable; castígale.

—Al mismo tiempo voy á enviar un destacamento al fuerte de la Magdalena, y quiero, para tu seguridad y la mia, establecer una fortaleza en medio de la Vega.

Guarionex no se atrevió á negarse á este deseo.

—Al mismo tiempo tú verás en mi nombre á los demás caciques, les manifestarás que estoy dispuesto á hacer las paces con ellos como las he hecho contigo; pero si no aceptan mis proposiciones, y son hostiles á mis proyectos, no tendré más remedio que luchar con ellos. Todos tus vasallos serán respetados; pero ¡ay de los rebeldes!

Guarionex partió muy satisfecho de la amistad del almirante, y la union del lucayo y de su hija quedó aplazada para celebrar la terminacion de la fortaleza que debia edificarse en medio de la Vega.

¡Infeliz Guarionex!

Llevaba al cuello el dogal del esclavo, y le parecia que era la alegría lo que llevaba en su corazon.

El triunfo que acababa de obtener Colon habia reanimado por completo sus fuerzas.

Contaba con la amistad de los dos soberanos cuyos dominios estaban más próximos á la colonia.

Defendido ó atacado por ellos, podria penetrar hasta las entrañas del Cibao, si como Guacanajari ó

Guarionex, no aceptaban sus ofrecimientos amistosos, y se opinan con él en abierta hostilidad.

Al llegar Guarionex á la Vega, supo con pena que Guatiguana, rodeando á los españoles, habia disparado contra ellos sus flechas.

Se trabó la batalla entre los indios y los soldados de Luis Vives, y en aquella contienda pereció Guatiguana, y quedaron con él en el campo gran número de los guerreros que le acompañaban.

Luis de Vives volvió con la cabeza del cacique para presentarla á Colon.

Apenas supo el almirante lo que habia pasado, envió un emisario á Guarionex manifestándole lo que habia sucedido, y prometiéndole que mientras no rompieran las hostilidades los indios, aquella seria la última sangre que se derramaria en su territorio.

Guarionex no tardó en volver al Cibao para confiar á los caciques el resultado de su entrevista con Colon.

Les ponderó el gran número de soldados que tenían y el poder de sus armas; les refirió detalladamente todo lo que habia visto en poder suyo, y declaró que, en su concepto, más que luchar con él, les valia aceptar su proteccion y su amistad, porque lo único que deseaban era oro, y estaban resueltos á darles en cambio de aquel metal, que tan poca importancia tenia para ellos, otros objetos de más valor y de que carecian en su territorio.

Pero tanto él como los demás que le habian acompañado, ponderaron el asombro que habia producido

en ellos la campana, aquel objeto que se movia sin que nadie le agitara, que producía sonidos, ó mejor dicho, que hablaba un lenguaje solo comprensible para los europeos.

Como los llamaba al templo á orar, no dudaba un solo instante de que aquella campana tenia algo de celeste.

Comunicó su admiracion á los demás caciques; pero no así los sentimientos pacíficos que Colon habia despertado en su alma.

Caonabo no queria á ningun precio la paz.

Los españoles habian cometido toda clase de tropelías; merecian ser castigados, y estaba resuelto á castigarlos.

Los ruegos de Guarionex, sus observaciones, todo fué inútil.

Caonabo, Gayacoa y Boechio anunciaron que estaban resueltos á considerar siempre á los españoles como enemigos.

—Si poseen objetos preciosos,—dijo Caonabo— tanto mejor. Exterminándolos seremos nosotros dueños de ellos. Si las casas que han fabricado son magnificas, en ellas estableceremos nuestra morada, y fabricaremos otras parecidas en nuestro territorio. Si es fácil que con el tiempo se propague esa raza de caballos que tanto nos asombran, nuestros serán; como ellos los dominaremos, y entonces no tendremos que temer. Sus armas caerán en nuestras manos, y no serán ellos solos dueños del rayo; tambien lo seremos nosotros. Así, pues, guerra, guerra á los extranjerros.

Guarionex habia ofrecido su amistad á Colon.

Pero antes habia jurado coligarse con los demás caciques.

—Sea lo que quereis,—exclamó.

Y cayendo en una profunda melancolía, se dispuso, sin embargo, ayudar á los indios en su obra de destruccion.

Capitulo XIX.

La vanidad.

Caonabo no queria perder tiempo.

Pensando que despues de haber hecho el almirante la paz con Guacanajari y Guarionex estaria descuidado, quiso con algunos ciguayos, en los que tenia la mayor confianza, hacer un viaje misterioso á los alrededores de la Isabela para conocer el terreno y ver si podia caer sobre la colonia del mismo modo que habia caido algun tiempo antes sobre la fortaleza de la Navidad.

Mientras que llevaba á cabo este propósito, los soldados de Colon y muchos operarios levantaban en el territorio de Guarionex un fuerte, al que dieron el nombre de la Concepcion.

Tambien reforzaron el de la Magdalena.